

Teresa Arijón

POEMAS Y ANIMALES SUELTOS

pato-en-la-cara
2005

© Teresa Arijón
© pato-en-la-cara

Miré los ojos de la langosta
negra, en el agua clara.
Ojos color miel y desconfiados
bajo la transparencia del cristal.
Eran cuatro las langostas, sólo una
me miraba. Tenía las patas atadas
con vendas para impedir toda resistencia
a la muerte cercana.
Pensé en Queroqué, la rana ociosa
que encontró en la levedad su forma
y legó la electricidad al mundo, forzada por Galvani.
La electricidad que Nabokov temía, inexplicable
pero suficiente para matar a Queroqué,
la rana del poema japonés
que sola se dio nombre porque nadie la nombraba.
Pensé en todas las cosas que no veo, “las inocentes,
las inermes, las desamparadas”,
las que no pueden superar
la ley del más fuerte
y a sí mismas del cuerpo se separan.

Todo fue escrito. En Singapur ofrecen
un banquete a los monos durante dos días;
el resto del año se ven obligados a mendigar
o a robar comida. Así, quisiera para mí el festín –
la gratuidad de la escena pública, ofrecida.

Mutsuo Takahashi

*No tomes una piedra para golpear a ese perro.
¿No sabes que es tu madre, que comió habas?*

Cuando el mundo era alegre y la poesía
descubría la fuerza de la realidad, los perros no eran madres
que habían comido habas. Pero el poeta japonés me dice
en una carta, como tapándose la cara con un abanico para espantar
a los espíritus de mal agüero, que las habas del alma pasan
a través del círculo del hombre, del animal del mar,
del animal de la tierra, del animal del cielo.

Leo y no comprendo. Ignoro la premura del mensaje y él
insiste con la última instrucción de Pitágoras:
“No comas habas”. No las comas,
pertenecen a los muertos y a los perros.

(El perro que golpea y es golpeado no me da su secreto.)

Años después, me ordena convertir
mi cuerpo en vasija
para guardar habas que son muertos.
Pregunto por las más hermosas: las rojas, las amarillas.
No contesta.

Levantando un puño al cielo
indica que soy un cuenco oscuro que aloja un grano seco.